UN GIRO INESPERADO

¿Qué pasaría si la madre de Rapunzel hubiera bebido de la flor equivocada?

Torna lo que ya fue

LIZ BRASWELL

Torna lo que ya fue

UN GIRO INESPERADO

LIZ BRASWELL

LIBROS Disney

© 2022 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Marta García Madera, 2022
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: julio de 2022
ISBN: 978-84-18939-52-5
Depósito legal: B. 10.617-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La historia

Las últimas notas de una canción pop se apagaban durante los créditos de la película, y el mundo real volvió a aparecer alrededor de Brendan.

En lugar de un reino en el que vivían felices para siempre, lleno de flores, pájaros y reyes y reinas, había un cubículo pequeño y frío en una habitación sin muebles de un color blanco glacial. Dentro, apenas había espacio para una única silla, un carrito pequeño, una torre de bombas de infusión y vías intravenosas, y la cama de hospital en la que estaba estirada su hermana gemela, Daniella.

Brendan había intentado alegrar y decorar la habitación como siempre hacía cuando se sentaba con ella durante los tratamientos de quimioterapia. Había colgado luces de colores por encima de la cama (iban a pilas), había puesto un ramo de flores de colores muy chillones en el carrito (eran de mentira, porque el polen y los alérgenos de verdad eran malos para los inmunodeprimidos) y había preparado un montón de *bagels* y un tubo de queso crema de fresa por si a ella le apetecía comer (cosa que no pasaba nunca).

Aquellas cosas mantenían lejos la mayor parte del miedo, pero no toda.

No era el peor cáncer. Ni siquiera uno de los veinte peores. Eso no hacía que Brendan se sintiera mejor cuando su hermana, muy débil y muy cansada (que había estado sentada derecha para ver la película, con los ojos bien abiertos y llenos de interés), volvía a recostarse en sus almohadas, agotada.

En medio del silencio después de que se acabara la película, se oía el chasquido de las bombas de infusión intravenosa, que hacían más ruido que todo lo demás.

Daniella abrió la boca, pero no llegó a bostezar.

—Vale, ver *Enredados* por tercera vez: ¡hecho! —dijo Brendan con una sonrisa no del todo forzada—. ¿Qué quieres hacer ahora?

—¿Me lees algo? —Sus ojos marrones y somnolientos se iluminaron un instante estelar. ¿Cómo iba a negarse a leer para ella?

Y entonces Brendan vio el libro que le enseñaba y se le cayó el alma a los pies.

—¿En serio? —gruñó—. Acabamos de ver la peli. ¿No podemos leer otra cosa?

—No, quiero oír hablar de Rapunzel —contestó Daniella, sacando el labio inferior para fuera (cosa que Brendan en realidad se alegró de ver, porque era algo que su hermana hacía siempre antes)—. Otra vez. A menos que creas que tu hermana de dieciséis años que tiene cáncer no se lo merezca...

—Oh. Dios. Mío. —Brendan cogió el libro a regañadientes—. Vale, capto el plan este de regresar a la infancia. Pero ¿por qué *Rapunzel*? O sea, ¿tanta Rapunzel? Tu pelo es... era negro. Y ahora ni siquiera tienes.

Solo su hermano le podía hablar de aquella forma: tenía que hacerlo. Cuando él se mostraba raro y amable y ponía cara de triste-

za como su novio y su madre y empleaba las palabras forzadas que utilizaban las enfermeras para evitar decir lo que pasaba realmente, era cuando Daniella se asustaba y se ponía furiosa. Ninguna de las cosas horribles que le pasaban parecían afectarle tanto como que su irritante hermano fuera dulce y amable.

Pero él la había pillado, solo una vez, mirándose en el espejo el poco pelo que le quedaba en la cabeza, lo único que quedaba de su montón de brillantes trenzas africanas. Se le había hinchado la garganta como a los pájaros mientras comen pescado y tragaba saliva una y otra vez para contener las lágrimas.

—Lee. El. Libro —fue todo lo que dijo Daniella. Con aire cansado. Estaba haciendo que sus ojos le dispararan rayos láser con la poca energía que le quedaba.

Brendan suspiró y abrió el libro por el principio. Estaba temblando. Mantenían las pequeñas habitaciones de quimioterapia frías por alguna razón médica que él no recordaba. Siempre llevaba la vieja colcha de Tiana de Daniella, que en ese momento la cubría a ella junto con las sábanas del hospital que una enfermera amable había esterilizado para que pudiera abrigarse bien.

Brendan miró la primera página.

Y cerró el libro.

—Brendan —dijo Daniella, somnolienta pero impaciente.

—¿Qué te parece este? —dijo, teniendo una idea—. Hemos leído este libro como cien veces...

—Dos veces —le corrigió Daniella, cerrando los ojos.

—¿Y si te lo cuento de otra forma? O sea, a mi manera.

Daniella abrió los ojos de golpe; lo fulminó con la mirada, con desconfianza.

—Ya... Vas a hacer que sea una tontería como un piano y saldrán guardias de asalto, o los personajes hacen juramentos, pero después los alienígenas aterrizan y lo estropean todo.

—¡No lo haré! Te lo prometo. Nada de tonterías. Será exactamente la misma historia, pero... diferente.

Daniella lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Saldrá la Madre Gothel haciendo de mala? ¿Y Flynn se enamorará de Rapunzel? ¿Y Pascal? ¿Y los tíos de El Patito Frito? ¿Y habrá magia? ¿No habrá robots ni viajes en el tiempo?

—Habrá todo eso. Lo prometo. Y nada de robots.

—De acuerdo —dijo Daniella. No parecía muy convencida, pero sí que estaba mucho más despierta que antes—. Vamos a probar.

—Vale —dijo Brendan con una sonrisa. Abrió el libro como si lo estuviera leyendo—. *Érase una vez...*

El principio de un cuento de hadas

Érase una vez, cuando los cielos todavía tenían algo que ver con lo que pasaba más abajo en la Tierra, el sol brillaba con tanta intensidad que en un buen día de primavera derramó una lágrima de pura alegría. En el lugar en el que cayó aquella gota de luz solar creció una flor dorada y mágica. Brillaba con fuerza y dulzura como el sol de la mañana y tenía el poder de curar a los enfermos y a los heridos.

... Pero nunca tuvo la oportunidad de hacerlo. *Érase una vez* que los que conocían el bosque y estaban desesperados por una cura milagrosa buscaban su magia. Pero una guerra tras otra hicieron estragos en el campo en aquella época oscura y la peste se llevó a generaciones enteras de hechiceras y antiguos ermitaños. Con el paso del tiempo, la Flor Gota de Sol desapareció de la memoria casi por completo.

Transcurrieron muchos años. El mundo siguió girando. Pero, al final, una joven lista y malvada, guiada por la historia y los rumores, consiguió encontrar la flor.

Se llamaba Gothel.

Podría haber hecho muchas cosas con la magia. Podría haberse convertido en una gran curandera o, como mínimo, en una médica muy buscada que atendiera a los ricos y a la realeza. Pero decidió mantener la flor en secreto, usando su magia para detener su envejecimiento, lo que le permitió permanecer eternamente joven.

Pasaron cien años.

Volvía a reinar la paz en aquellas tierras. El rey Frederic y la reina Arianna, más justos y sabios de lo que les correspondía por edad, gobernaban bien su reino. Y, al igual que en muchos cuentos de hadas, tenían todo lo que podían desear... excepto hijos.

(Aunque aquel hecho fuera evidentemente angustioso para el rey y la reina, la falta de heredero también preocupaba a la gente del reino; sin una línea sucesoria clara, todo acabaría en un caos y un derramamiento de sangre otra vez. Las baronías vecinas siempre estaban agitadas, con sed y afán de ampliar su territorio.)

Tras consultar a matronas, médicos, curas y charlatanes, la reina por fin se quedó embarazada. Al principio, hubo una gran alegría en el castillo, pero, por desgracia, como solía pasar demasiado a menudo en aquella época del *érase una vez*, se puso enferma a medida que se acercaba la fecha para dar a luz y parecía probable que pudiera morir.

De nuevo, el rey convocó a matronas, médicos, curas y charlatanes, y fue una anciana la que recordó la historia que su bisabuela le había contado sobre el secreto de la Flor Gota de Sol.

El rey envió inmediatamente todos sus caballos y todos sus hombres a peinar el campo en busca de aquella flor mágica y resplandeciente. Cada noche, desde el crepúsculo hasta el amanecer, todos los ciudadanos sanos debían hacer la búsqueda. Lo hacían con mucho gusto, porque el rey y la reina eran buenos y su pueblo quería que fueran felices; con mucho gusto también porque todos querían que hu-

biera heredero y no volver al caos de los siglos anteriores; con mucho gusto, porque había una enorme recompensa.

Así pues, la flor fue encontrada. Hicieron una tisana para calmar la fiebre de la reina enferma. Al poco tiempo, se recuperó y tuvo a una niña preciosa. Todo el reino lo celebró, ignorando el error que se había cometido.

Porque no era la Flor Gota de Sol la que había encontrado aquel campesino que se acababa de hacer rico.

Era la Flor Gota de Luna.

Memorial Sloan Kettering

—Espera, ¿qué?

Daniella bajó los brazos de golpe sobre las sábanas. Las vías intravenosas hicieron ruido, pero, por suerte, no se salió nada del sitio.

—La Flor Gota de Luna —repitió Brendan pacientemente—. Cogieron la flor equivocada. Ya te he dicho que la historia iba a ser distinta.

—Sí, pero ¿cómo que han cogido la que no era? ¡Es la Flor Gota de Sol! Es dorada, y brilla, y todo eso.

Daniella frunció el ceño y cruzó los brazos, arrugando los labios por la estupidez de un personaje que ni siquiera tenía nombre y que ahora probablemente era rico gracias a su error y, como campesino, no sabría ni qué hacer con tantas cabras y oro.

—Vale, mira, las dos flores brillan —dijo Brendan, inclinándose hacia delante para defender a su personaje anónimo—. Les dijeron: «Buscad una flor que brilla». Y eso es lo que hicieron. Pero había más

de una. Hace tiempo, la luna también derramó una lágrima, o algo así, y una planta creció a partir de ella.

Vio aparecer una mirada de comprensión e intriga en los ojos de su hermana. Intentó no deleitarse en su triunfo demasiado abiertamente.

—¿También hay Flores Gota de Estrella?

—No sé. Quizá. ¿Por qué no?

—¿Qué hace la Flor Gota de Luna que sea distinto? —preguntó Daniella, intentando no sonar impaciente.

—¿Por qué no te relajas y escuchas, boba? Ya lo descubrirás —dijo Brendan, volviendo a abrir el libro, esta vez con un poco más de florituras. Su hermana no parecía satisfecha, pero se recostó en las almohadas, tragando saliva una o dos veces ruidosamente. Había algo raro en la quimioterapia que hacía que percibiera el sabor y el olor de cosas que no estaban ahí. Brendan tomó nota para conseguirle más caramelos Sour Patch Kids de la máquina expendedora la próxima vez que hiciera una pausa para ir al baño. No eran los favoritos de su hermana, pero tenían un sabor fuerte y la ayudaban un poco.

—De este modo, nació una niña sana, una princesa. Después de esperar una semana (como era costumbre en aquellos días, cuando había una mortalidad infantil elevada) le pusieron nombre: *Rapunzel*, por el campo de rapónchigos o campanillas donde habían encontrado la flor mágica. Todo el reino lo celebró con alegría; hubo festines, bailes, pícnics y regalos para todos. El rey y la reina lanzaron un farolillo volador al cielo. En aquel momento, todo era perfecto.

»Y, de repente, el momento se acabó.